

CANTO XXV.
CAPITULO XV.

LA PALABRA DE DIOS.

Jesucristo, durante su divina peregrinacion sobre la tierra, habló á todos los que tenian la dicha de seguirle y de escucharle, en un lenguaje sencillo, fácil y claro para toda comprension, por obtusa que ésta fuese.

La grandeza de su poder comunicaba á su inspirada palabra el don de la penetracion.

Por rudo, por ignorante, por falta de inteligencia que fuera el que la oia, no dejaba de penetrarse de ella; y aunque no todos la aprovechasen, no por eso dejaba de producir ópimos frutos, dia tras dia.

Así como una corriente de agua, al deslizarse sobre la menuda arena, en su blando cauce de verdoso césped, va fecundizando las extendidas gramas, los güinares y las verbenas que bordean su deliciosa orilla; su palabra dulce, armoniosa y consoladora, hacia producir en las almas, dispuestas por el arrepentimiento, raudales de fragancia, cuyo aroma envolvía un poema desconocido, sublime y grandioso, metamorfoseado con los albores de la gracia.

Pero así como hay plantas infecundas y estériles, en cuyos cerrados poros nada pueden ni el rocío ni el sol, muchos eran los que la oian para condenarla como contraria á sus pasiones y malas costumbres.

No podian escucharla una sola vez sin sentirse humillados, avergonzados y confusos; pero su ceguera era tan grande, que esta misma humillacion, en vez de serles un curativo que los apartase del mal, solo servia para aumentar su obstinacion y hacerlos mas enemigos de Jesucristo.

El buho, acostumbrado á las tinieblas, ódia la luz, y aunque ve su hermosura y la comprende, la condena como su mayor enemigo.

Bien puede compararse al buho, el corazon que sumerjido en las tinieblas del error, huye la luz de la verdad.

Empero esta luz, radiante con la luminosa aureola que la circunda, tarde ó temprano aparece en el horizonte de las almas; y ¡ay de aquellos! para quienes brilla demasiado tarde! ¡Intentarán en vano asirse á un giron de su ondulante velo, porque ella huirá como espantada de la lobre-guez de la tumba, del desierto inmenso de la eternidad!

Jesucristo, para que su divina palabra fuese comprendida en toda su belleza, en toda su magnificencia, en toda su pulcredad; habló á las turbas que le seguian, en parábolas.

La parábola era una comparacion entre el bien y el mal: una especie de símil; aunque dista-

ba mucho de ser lo último, pues ella tenía el convencimiento de la verdad.

La pureza de su lenguaje, las hacía llegar á los oídos como las armonías de un salterio, arrancadas por la mano de los ángeles.

En Jesucristo todo era sublime, todo era grandioso!

De sus nacarados labios brotaba á torrentes la dulzura, como brota la miel de los panales y la fragancia de las rosas!

Sus frases eran un continuado arrullo; arpeggios sublimes de una música celeste nunca escuchada; y cuyo eco penetraba al corazón, como penetra un rayo de sol en el lóbrego calabozo del infeliz prisionero.

Los quejós de la paloma en medio del bosque; el murmurio blando de la fuente cuyas linfas azuladas resbalando sobre las gramas, besan las puntiagudas hojas del azufrado colomo; el canto de los ruisenores en medio de las armonías de la noche, no tienen la cadencia dulcísima de aquel eco sublime, que resonaba penetrante y dulce, bajo las bóvedas del Templo, en las llanuras, al pié de las rocas ó de los altos cedros; dulce algunas veces como los besos de la brisa, melancólico otras, como el suspiro de la tarde, ó terrible como la tempestad.

¡Dichosos mil veces! los que teniendo la eji-
da de la fé en el alma, le escucharon cuando pe-
regrinaba por la venturosa Palestina, que tan po-
co supo conocerle!

¡Pero yo no me quejo, nó! ¡También he es-

cuchado mil veces, el metal de ese acento conmo-
vedor! En el rodar de las ondas, al escuchar su
magestuoso tumbo, en el fragor del retumbante
trueno, en el estrépito de la espumosa catarata,
en el ténue chirrido de los espigados milpares, en
el gergeo de las avecillas y en el susurro de los
vientos, encuentro esa armonía que pudo cautivar,
con cadenas de amor eterno, á una Magdalena ar-
repentida, á un Simon Pedro y á otros mil santos.

Sí, ¡su voz me habla á todas horas; porque
no hay objeto que se presente á mi vista que no
me hable de su divino Autor!

¡Bendito sea mi Dios! y bendita su santísi-
ma palabra! ¡Benditos su poder y su grandeza!

SUPLICA

¿Qué me dices, Señor? ¿qué me dices? Tus lá-
bios me hablan de una eternidad: tus labios me
dicen que me aparte del camino de la soberbia y
que sea humilde: tus labios me ordenan el despe-
go de los bienes terrenos y el apego á tu divina
ley: tus labios me mandan que aborrezca el vicio
y ame la virtud: que te ame como tú me has a-
mado; mas yo por mi sola, nada puedo, nada! mi
debilidad es tan grande, que su mucho peso es
bastante para hacerme caer. Atiende á ella, Dios
mio, y préstame tu poderoso auxilio, para que re-
cordando á todas horas tu divina palabra, me a-
parte de todo aquello que tú aborreces; y solo
ame á tí, que eres mi único y supremo bien. A-
mén.

CANTO XXVI.

LA CANANEA.

A orillas de la gran Tiro,
Bella ciudad de Fenicia,
Que el mar besando acaricia
Con blandas ondas de tul;

Una mujer Cananea
Iba hácia Jesus clamando,
Las blancas manos cruzando
Sobre la túnica azul:

«¡Ah Señor, Señor, valedme!»

«Mi hija es atormentada!»

«¡Si quereis, será curada!»

«Jesus, Hijo de David!»

Pero Jesus caminando.

No escucharla parecia;

Y ella tras El repetia:

«¡Tened compasion de mí!»

En el murmurio del viento

Al sacudir las higueras,

Y de las auras ligeras

Entre las cadencias mil.

Se escuchaba aquel acento
Conmover y sentido,
Aquel ruego dolorido:
«¡Tened compasion de mí!»

Y las aves se inclinaban
Sobre su tallo temblando,
Y las aves revolando
Le escuchaban al partir;

Y el eco repercutia
Incansable allá á lo léjos,
De la tarde en los reflejos,
«¡Tened compasion de mí!»

Mas Jesus por el camino
Tranquilo se adelantaba,
Y ella entre tanto clamaba:
«Jesus, Hijo de David,

«Volved hácia mí los ojos,
«Mirad que aflijida clamo,
«Y que lágrimas derramo
«¡Tened compasion de mí!»

«Mirad que el dolor de madre
«Es tan grande y tan profundo,
«Que no existe otro en el mundo
«Que se le pueda medir.»

«Los cachorrillos alcanzan
«Las migajas de una mesa
«¡Valedme! vuestra grandeza
«Tenga compasion de mí!»

Jesus que solo queria
 Probar la fé de aquella alma,
 Le dice con dulce calma:
 «En paz te puedes volver.
 «Vé á tu casa, consolada,
 «Tu hija está sana: mas sabe,
 «Que es la fé la grande llave
 «Que puede todo vencer.»

Volvióse la Cananea
 Al Salvador bendiciendo,
 Y á todos iba diciendo:
 «¡Tuvo compasion de mí!
 «Porque es misericordioso,
 «Poderoso, bueno y sabio.....
 «¡Bendígate todo lábio
 «Jesus, Hijo de David!»

«Mira que tan grande y tan profundo
 «Que no existe otro en el mundo
 «Que se le pueda medir.»
 «Los cachorros de la manada
 «Las migajas de mi mesa.....
 «¡Valeme vuestra grandeza
 «Tengo compasion de mí!»

CAPITULO XVI.

LA TRANSFIGURACION.

Hállabase el Salvador en Cesarea, ciudad situada al Norte de Palestina, cerca de las altas montañas del Líbano. Habia visitado todas las aldeas, pueblos y villas que la circundaban y que se extendian hácia el nacimiento del rio Jordan. Este rio, mencionado tantas veces por los historiadores de nuestra Religion, merece ser visto con respeto, por ser una de las partes escojidas por el Señor para manifestar su poderío y su gloria.

Quando Josué, sucesor de Moises, abandonó el campo de Moab seguido de todo el pueblo de Israel, para hacer la conquista de la tierra de Canaan; hallábase este rio tan crecido que se hacia difícil pasarlo á pié; y mas, quando eran tantos los niños y mujeres que allí iban. Pero el Señor quiso manifestar, una vez mas, al pueblo Hebreo su poder, y el amor y solicitud con que le miraba. Apénas los sacerdotes que conducian el Arca de la Alianza, y que iban á la cabeza del pueblo, hubieron puesto los pies en el agua, quando ésta se abrió milagrosamente, dejando en su centro un camino seco, bastante amplio, para que